

3. Buenos Aires

Buenos Aires, por su origen y evolución —como la gran mayoría de las ciudades americanas, y como consecuencia de la conquista española— puede ser considerada en primer lugar, una ciudad «alogenética», es decir, aquella que «trasplanta una cultura ajena a un nuevo territorio para beneficio de los centros originarios de esa cultura, al menos inicialmente». Y de esa manera «llega a mediar entre su propio territorio y una variedad de centros extranjeros». ¹⁰ Buenos Aires aparece, pues, «entre» dos espacios y con una función de «mediadora» lo cual la favorecerá para centralizar la economía y la cultura del país.

Esta centralización y concentración de riquezas y poder no quita que Buenos Aires sea configurada a nivel semiótico como lo que Lotman llama una «ciudad excéntrica»: este tipo de urbes surgen generalmente en el confín de un espacio cultural —en este caso el europeo en América— como resultado de una lucha contra la naturaleza. Demuestran el orgulloso esfuerzo de construcción del hombre, pero están siempre sujetas a las alteraciones del orden natural (recuérdese *El matadero*). El código que las configura está impulsado hacia el futuro, lo cual condicionará por mucho tiempo su matriz axiológica: la ciudad presente, vista desde dentro, es valorizada negativamente, mientras que la metrópolis futura —o extranjera— resulta la única portadora de la verdad. ¹¹

Así Buenos Aires, que cuando dependía de la Corona había sido la periferia de la periferia, ¹² está destinada a cumplir —según Sarmiento— un papel hegemónico dentro del área latinoamericana, por ser la «hermana mayor» en las luchas por la independencia y por ser la «heredera de la civilización europea»: «Buenos Aires está llamada a ser la ciudad más gigantesca de ambas Américas» [*F*, 72]. Un porvenir tan bello es el augurio compensatorio para una ciudad que, en el presente, constituye el ejemplo mayor de esa civilización degradada cuyo fautor principal es Rosas, y el símbolo de su humillación el color punzó: «Rosas [...], reviste al fin la ciudad de colorado: casas, puertas, empapelados, vajillas, tapices, colgaduras, etc. Últimamente consagra este color oficialmente y lo impone como medida de Estado» [*F*, 195]. De allí que la aldea, constituida en oxímoron, tarde en encontrar un espacio textual definitivo, y sus literatos dejen muchas veces de lado la ciudad verdadera para privilegiar su imagen virtual.

En *Facundo* se dice que la aldea «fuera ya la Babilonia americana si el espíritu de la pampa no hubiese soplado sobre ella, si no ahogase en sus fuentes el tributo de ri-

¹⁰ R. Morse, «The City-Idea in Argentina. A Study of Epanescence», en *Journal of Urban History*, vol. 2, n.º 3 (1976), p. 309.

¹¹ J.M. Lotman, *El simbolismo de Pietroburgo en La semiosfera*, Venezia, Marsilio, 1985, pp. 226-227.

¹² Buenos Aires fue fundada por primera vez en 1536; la segunda fundación la hace Garay en 1580. Desde entonces la ciudad será dependiente de Lima, y su prosperidad económica estará basada en el intenso contrabando que pretendía subsanar las carencias del mercado porque el puerto del Plata no tenía autorizado el ingreso de productos europeos. A lo largo del siglo XVII, la corona hace lo posible por mantener el comercio Lima-Potosí, y por eso las ciudades del interior —como Córdoba, Salta, Jujuy— son convertidas en barreras de aduana para evitar el paso hacia el norte de productos del Viejo Mundo contrabandeados en Buenos Aires. La situación de ilegalidad de la aldea rioplatense dura hasta 1776 cuando se la transforma en sede del Virreinato del Río de la Plata. Véase el cap. II de Buenos Aires y el país de Félix Luna, *Buenos Aires, Sudamericana*, 1982.

queza que los ríos y las provincias tienen que llevarle siempre» [F, 72-73]. La oración, con dos condiciones contrarias al hecho hipotético, permite resaltar elementos de índole diversa: por un lado dice que el espíritu de la llanura sopló sobre la ciudad; por otro que Buenos Aires ahoga en sus fuentes la contribución que debe ofrecerle el interior. En la primera condición Buenos Aires es la víctima, en la segunda, la victimaria. El elemento común en el paradigma es el «aire» («hubiese soplado», «ahogase»), es decir, lo esencial para sobrevivir. Tanto el interior como Buenos Aires se anulan mutuamente: la pampa tiene una atmósfera «mala», opuesta a los «buenos aires» de la aldea y que, cuando penetra en la ciudad, anula su condición de ser. En cambio, Buenos Aires «ahoga» la riqueza de las provincias. Y lo hace «sola». Mediante «la repetición obsesiva del adjetivo, que constituye de por sí un acta de acusación»¹³ y la expresión concreta de cada una de las razones por las que falta el «aire» en el interior, Sarmiento expresa la situación privilegiada de la aldea sobre el Plata. Esta disparidad, que el sanjuanino expresa mejor que los otros proscriptos, ofusca el paisaje urbano y vuelve difícil imaginar la futura capital del país encarnando el orden social.

En *Facundo* Sarmiento señala que la Argentina se veía tironeada por dos corrientes, «una que partía de Buenos Aires y se apoyaba en los liberales del interior, otra que partía de las campañas, y se apoyaba en los caudillos que habían logrado dominar las ciudades: la una, civilizada, constitucional, europea; la otra bárbara, arbitraria, americana» [F, 186]. Las relaciones entre Buenos Aires y el interior, son el signo de esa contradicción básica de la que hablábamos y no en vano Sarmiento intenta fijarlas en su fórmula «civilización vs. barbarie», fórmula que Alberdi criticará en su comentario a la edición parisina de *Facundo* de 1874.¹⁴

El contraste sarmientino, además de representar en el concreto nivel histórico los proyectos ideológicos de los grupos que luchaban por la hegemonía argentina en la primera mitad del siglo XIX —los unitarios y los federales—, resulta también una variante de otras antítesis como «cultura vs. natura», «cosmos vs. caos», «ordenado vs. no ordenado». Caracteriza a un tipo de cultura en la que prevalece una orientación hacia el contenido y que busca representarse a sí misma con un sistema de reglas (que en el caso que nos ocupa comienza a ponerse de manifiesto en el *Dogma socialista* de Echeverría, continúa en las *Bases* de Alberdi, para desembocar en la *Constitución* de 1853). Pero si Sarmiento consideraba que las costumbres urbanas eran la suma de textos culturales sobre los que se quería fundar la existencia del país y que de la difusión de las costumbres ciudadanas iba a derivar, casi naturalmente, un conjunto de reglas que organizaran aquél, Alberdi tendía a fundar una cultura «gramaticalizada»: importaban las leyes para ordenar aquello que era caótico y esas normas debían servir para toda la comunidad argentina.

Aspiraciones diversas pero genuinas que, sin embargo, hay que enmarcar dentro de una circunstancia: la de que todos los intelectuales del período pertenecían a la bur-

¹³ Noé Jitrik. Muerte y resurrección de «Facundo». Buenos Aires, CEAL, 1968. p. 101.

¹⁴ Dice Alberdi, «Lo que él llamó barbarie en Rozas y Facundo es lo que hoy sirve y se presenta como civilización, restaurando el estado económico de cosas que produjo a esos caudillos y a todos los del país», en «Facundo» y su biógrafo en *Grandes y pequeños hombres del Plata*. París, Garnier, s/f., p. 307.

guesía. Por eso, cuando se hablaba de contraponer al poder de Rosas y de los caudillos un país constitucional, cuya extensión estuviese ocupada por ciudades, se lo hacía desde una perspectiva de clase, lo cual no invalida la verdadera urgencia, entonces existente, por ordenar lo que se veía como caótico, y reglamentar con un sentido mediato el problema de la concentración absoluta del poder, que da lugar al abuso del mismo.

En realidad, la idea de democracia, concepto íntimamente vinculado con el desarrollo de la ciudad, en la República Argentina evoluciona lentamente. A lo largo del siglo XIX es un concepto más vinculado con una ideología política —la liberal—, y con una clase —la minoría ilustrada y burguesa— que con un mecanismo de participación de la colectividad. Los liberales del 37 atacaron el sufragio universal que, paradójicamente, había sido instalado por aquellos unitarios que más tarde se habían de encerrar en un conservadurismo aristocrático. Echeverría afirmaba que «el derecho de sufragio, diferente del derecho individual anterior a toda institución, es de origen constitucional, y que el legislador puede, por lo mismo, restringirlo, amplificarlo, darle la forma conveniente».¹⁵ La democracia no era el despotismo absoluto de la masa, sino el «régimen de la razón» que los del 37 ponían en manos de una *elite* ilustrada; para ellos el sufragio universal consistía en entregar el país a la muchedumbre, a la parte rural del país en la que perduraba la tradición hispano-criolla y una visión autoritaria del mundo; de allí que propusieran la soberanía sólo para la ciudad.

Así, pues, nos encontramos dentro de un período complejo y contradictorio que, en primera instancia, está caracterizado por la superioridad de una aldea de marcado carácter europeo sobre una vasta extensión deshabitada o habitada por indios o con pocas aldeas criollas. El predominio de Buenos Aires, que Sarmiento critica, pero ambiguamente, se ve agudizado por la suma del poder público y el encargo de las relaciones exteriores del país, en manos del gobernador de Buenos Aires. A la preeminencia geográfica de la ciudad porteña sobre el interior —por estar situada sobre el río de la Plata—, se unen la supremacía económica, puesto que Buenos Aires es también la aduana del país, y el poder político, ya que Rosas no sólo es poseedor de los encargos mencionados, sino que consigue, por diversos medios, controlar la mayoría de los caudillos del interior.

4. Figuras

La utopía, presente en la idea de ciudad del proyecto civilizador, se alimenta de la tensión de futuro y de la contemporánea vivencia de estar creando algo que tienen las mejores cabezas de los proscriptos. Así es como Buenos Aires empieza a perfilarse en un espacio textual contradictorio. Por una parte, en *Facundo* hay una figura que la representa análoga a la ciudad virtual. Es la alegoría: se dice que Buenos Aires es «señora de la navegación de cien ríos» y que está «reclinada muellemente sobre un inmenso territorio» [*F*, 72]. Esta personificación urbana que en el *corpus* de los proscriptos expresa angustia (en *El matadero*) o molicie (en *Amalia*) quiere representar la anulación

¹⁵ E. Echeverría, Dogma socialista: ojeada retrospectiva en *La cautiva. El matadero y otros escritos*, Buenos Aires, CEAL, 1967, p. 90.

recíproca de las fuerzas en conflicto y proyectar una significación que se apoya en la filosofía iluminista. Con la alegoría, Sarmiento intenta dar una continuidad racional a la discontinuidad y heterogeneidad que conformaron el espacio urbano posindependentista, para mejor proyectarlo al futuro; pero también es una forma para expresar el estado de ánimo de la aldea, como si ésta fuese un organismo vivo y en evolución («Buenos Aires es un niño que vence a un gigante» [F, 177]), imagen apta para manifestar aquellos elementos más difíciles de aprehender, como la atmósfera política, las creencias o las actitudes de los habitantes de la ciudad. La imagen femenina recostada en la ribera del Plata, dueña de la puerta del país, procura resumir el asunto bipolar, sin resolver sus contradicciones. Lo «neutro» de la imagen ciudadana en *Facundo*, aquello que está «en posición de diferencia respecto de la diferencia interna de la totalidad»,¹⁶ Sarmiento lo intenta resumir en una figuración que connota «otra cosa», pero ni la una (la Buenos Aires real), ni la otra (la barbarie del campo).

También en *Argirópolis* —y como su nombre lo indica al evocar el mito de Heliópolis que retoma Campanella— la ciudad y, especialmente la utopía, atraen el interés sarmientino. Escrito cinco años después que *Facundo* y con objetivo de sugerir a Urquiza la necesidad de convocar un congreso constituyente y de revocar el encargo de las relaciones exteriores en manos de Rosas, se diferencia del polémico libro sobre el caudillo riojano por su proyecto federal en lugar de unitario, y por su tono contenido, diplomático que se vincula con un estilo realista, político —aunque su asunto fuese utópico—, en lugar de retórico y panfletario.

Argirópolis presenta como figura estructurante (en relación con la utopía) la paradoja. Sarmiento se sirve de la utopía, el «noble frontispicio»,¹⁷ porque quiere plasmar la sociedad argentina siguiendo un plan preciso. Desea modificar el mecanismo perverso que se había instaurado con Rosas en las instituciones y la economía argentina. Pero, a diferencia de la actitud utópica, que tiende a ser totalitaria si no llega a conformar la utopía,¹⁸ Sarmiento escribe *Argirópolis* para combatir una forma totalitaria de gobierno y para prevenir, dentro del mecanismo institucional, una recaída en la misma.

5. Utopía/distopía

Las relaciones ciudad/Buenos Aires/utopía son diversas en *Facundo* y *Argirópolis*. Ambos textos, relacionados interdiscursivamente¹⁹ por medio de una frase que implica la grandeza de Buenos Aires —como veremos más adelante—, representan, por una parte, la tensión existente en la indefinición léxica del vocablo *utopía* (utopía puede provenir de *ou-topos* [no lugar] y de *eu-topos* [lugar feliz, así nombrada en el poema

¹⁶ L. Mañín, *Utópicas. Juegos de espacios*, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 21.

¹⁷ D.F. Sarmiento, *Campaña al Ejército Grande* (citado en «Una utopía realista» de G. Ferrari, introducción a *Argirópolis*, op. cit., p. 9).

¹⁸ Según M. Baldini, «Il pensiero utopico [...] nonostante la sua apparenza di candido sogno, costituisce la più raffinata espressione e il veicolo più pericoloso di quelle teorie sociali che propugnano lo Stato etico» en *Il pensiero utopico*, Roma, Città Nuova editrice, 1974, p. 35.

¹⁹ Cf. C. Segre, *Intertestualità e interdiscorsività nel tomanzo e nella poesia en Teatro e tomanzo*, Torino, Einaudi, 1984.